

VI.

La coquetería de mujer, unida al profundo amor que tenía á la tierra en que descansaban los restos de aquella mártir que fué su madre, contribuía en gran parte á que Marsa Laazlo se hiciera conocer, en vez de usar su verdadero nombre, por el apodo de *la Tzigana*. A su imaginación, excitable como la de una parisiense, halagaba aquel expresivo sobrenombre, añadiéndole un encanto raro, una originalidad de buen gusto, algo así como un adorno, como una corona.

¡La Tzigana!...

En el parque, en Maissons-Laffitte, cuando se la veía montada con seguridad en su caballo de pura sangre, ó guiando una victoria arrastrada por un tronco de caballos de la raza Kisber, nadie la llamaba de otro modo.

Delante de los caballos, alargando sus flacos cuerpos ó dando grandes saltos, dos enormes galgos daneses, de un color negro como el azabache, con el pecho y las patas blancas, los ojos de pupilas azules rodeados de un cerco amarillo, brillando entre dos orejas que sin cesar bajaban y levantaban hasta ponerlas rectas y puntiagudas, corrían y se paraban al oír á Marsa

cuando de tanto en tanto los llamaba por sus nombres húngaros.

—¡Aquí, *Duna!*... ¡Aquí, *Bundas!*

Duna y Bundas (Danubio y Vela).

Otro perro grande del Himalaya, que era un terrible animal cubierto de abundantísimo pelo lanudo y con unos dientes feroces, llamado *Ortog* (Diablo), junto con aquellos dos galgos, los tres sumisos y obedientes á la voz de la joven, á la cual hubieran podido derribar de una zarpada y destrozár de una dentellada, eran los compañeros de paseo de Marsa, dándole esta fama de excéntrica, de lo cual ni se irritaba ni se enorgullecía, porque la opinión del público le era completamente indiferente.

Seguía viviendo cerca del bosque, mas allá de las suntuosas avenidas, en la villa adquirida por Tehéreteff, y allí permanecía constantemente sola, en la indiferente compañía del viejo Vogotzine, que la miraba respetuosamente con los ojos llorosos á causa del *kwass* ó del *coñac*.

Como verdadera hija de la Hungría, Marsa era muy aficionada á lanzarse por las avenidas casi desiertas del parque, y dejando salir á escape su caballo, precedida de sus favoritos *Duna* y *Bundas*, que daban grandes saltos de contento al verse en libertad, se internaba en el bosque de Saint-Germain, y allí, completamente sola, á la sombra de aquella espesura de árboles y rodeada de un silencio sepulcral, solo interrumpido por el vuelo de los pájaros, entregada á sus reflexiones, en medio de aquella atmósfera perfumada por las flores del campo y bañada

por el aire purísimo de tan frondosa vegetación, se creía más feliz que en su casa.

Luego, llamando á los perros, que habían desaparecido por entre los matorrales, tomaba nuevamente el camino del castillo, deteniéndose en la granja establecida en sus inmediaciones, donde, sentada bajo las moreras, esperaba á que las vacas llegasen de la pradera para que le sirvieran una taza de leche caliente.

De vuelta en el castillo, se sentaba y tocaba el piano con dulce expresión, como si fuesen recuerdos de otra vida, de la vida errante y libre de su madre, los aires húngaros de Juan Nemeth, prefiriendo entre ellos un andante triste y desesperado que, con sus acentos lastimeros, parecía responder al estado particular de su espíritu.

Era indudable que en el fondo de aquel corazón de mujer se ocultaba un sufrimiento. ¿Sería la amargura de sus primeros recuerdos? Quizá. ¿Algún dolor físico? ¿Quién sabe? Algunos años antes Marsa se había visto precisada, por el estado de su salud, á pasar un invierno en Pau. Pero más bien parecía su estado moral el que exigía el profundo silencio que reinaba en aquel voluntario retiro.

Así trascurrieron los días en aquella villa de Maissons-Laffitte, en que había muerto Tizza. Muchas veces Marsa se encerraba, durante la noche, en la cámara mortuoria, que seguía tal como la madre la dejó. En el piso bajo, el general Vogotzine fumaba su pipa, teniendo al alcance de su mano la botella del aguardiente. Marsa rezaba.

Otras veces, ya de noche, atravesaba las solitarias alamedas y llegaba hasta el convento de las monjas establecidas en la avenida Eglé, que en aquellas horas estaban entregadas á sus rezos en la iglesia.

Ante aquel sagrado lugar, cuyas ventanas iluminaba una luz interior, Marsa se detenía, apoyando su ardorosa frente en los fríos hierros de las rejas, mientras que á su mente acudían tentaciones de mortificación, deseos de encerrarse, en plena vida, en aquellos solitarios claustros, y se decía:

«—¿Quién sabe? ¡Quizá en este austero refugio se consiga el profundo olvido!»

¡El olvido! ¿Acaso Marsa tenía algo que olvidar?

¿Qué secreto pesar daba á aquel bello semblante una expresión amarga, terrible á veces, que contrastaba de tal modo con la habitual de entusiasmo y de apasionada fe?

De pie, con la vista fija en la ventana de la capilla, oyendo el sordo murmullo de los versículos recitados y las plegarias que en aquel recinto se elevaban al Señor, Marsa, que era católica y podía encerrar entre aquellas paredes su juventud y el ardor de sus veinte años, sentía, como en la soledad del bosque, la impresión de aquella paz, de aquel reposo que era el sueño acariciado por su espíritu ansioso de la calma eterna.

Repentinamente, la tzigana apartaba la mirada de la gótica ventana, y se alejaba diciendo en tono que el silencio de la noche permitía oír:

—¡No, la tranquilidad no se consigue aquí! Y además, ¿dónde existe esa tranquilidad?... ¡Se encierra en nosotros mismos! ¡Cuando no existe en el corazón no se la encuentra en parte alguna!

Después de estas inclinaciones al claustro, de estas aspiraciones de soledad, de olvido y desaparición, asaltaba á Marsa el deseo de una existencia agitada, frívola y llena de atractivo, como es la de París. Dejaba su casa de Maissons-Laffitte, y acompañada de una doncella ó del viejo Vogotzine, que le seguía de mala gana, alquilaba un cuarto en cualquiera de los boteles más concurridos, en el *Continental* ó el *Grand-Hotel*, y, como una extranjera, comía en la mesa redonda, buscando el barullo, el desorden, la antítesis de aquella vida retraída y silenciosa que hacía en las alamedas del parque.

Se exhibía por todas partes, se saturaba de novedades, de teatros, de *soirées*—con este objeto aceptaba las invitaciones de la baronesa Dinati—y cuando ya sentía el hastío de todo lo ficticio de las exigencias de la vida mundana, se entregaba de nuevo con ardor á sus bosques, á sus perros y á su soledad, y si esto sucedía en invierno, se encerraba largos meses en aquel desierto palacio, cubierto de nieve.

¿No era aquella una existencia dulce y placentera, comparada con la que había arrastrado la pobre Tisza en el odioso y viejo castillo de las cercanías de Moscou?

En aquella soledad, en la villa de Maissons-

Laffitte, era donde el príncipe Andras Zilah había prometido volverla á ver. Allí se presentó y allí siguió entrando. Desde la muerte de Tchéréteff, quizá él era el único hombre que el general Vogotzine había saludado en casa de su sobrina. Cuando Andras tenía á bien acudir, Marsa se manifestaba muy dichosa.

—La señorita tiene mas gusto en vestirse cuando el príncipe Zilah visita la Maissons—le decía una mañana su doncella.

—¡Es que el príncipe Andras no es un hombre como los demás! ¡Es un héroe, mi héroe favorito! No hay en el país de mi madre nombre más popular que el suyo.

—Ya se lo oí decir á la señorita cuando hablaba con el señor conde Meuko.

Si la doncella se hubiese propuesto hacer desaparecer de la mirada de su señorita todo destello de alegría, no hubiera podido elegir medio más á propósito.

Al oír el nombre de Meuko, su semblante adquirió súbitamente un aspecto amenazador. Sus ojos aparecieron rodeados de un cerco azulado, y en su fruncido entrecejo alguien hubiera visto un arco armado para disparar pronto aguda flecha.

El príncipe Andras había notado un cambio igual cuando le habló de él en casa de la baronesa Dinati.

No había olvidado detalle alguno de aquella deliciosa noche, de aquella interesante y seductora conversacion. El amor que el príncipe Andras sentía por la tzigana nació en aquel

primer encuentro, y creció de día en día desde aquella noche.

En aquel hombre, que podía decirse que sólo aspiraba á terminar en la paz del olvido su vida hacia tanto tiempo entristecida por la derrota y el destierro, nacieron risueñas y juveniles esperanzas, despertándose en él vivos deseos de crearse una familia. Era rico, independiente y solo. Podía elegir libremente la mujer que le pareciese digna de ser princesa. No teniendo preocupaciones de clase, no encontraba inconveniente en dar su título á la hija de la Tiszat.

En otra época, no habian peleado los Zilah acaso por estas extrañas ideas de libertad feudal? Queriendo libertar á su país, ellos mismos, altivos sin vanidad, habian sacudido el yugo de las preocupaciones, no pareciéndose á aquellos magyares de los que el gran conde Szechenyi, á quien el dolor quitó la razón y la vida en 1849, decia: *El orgullo hará perecer á mi pueblo.*

El último de los Zilah no creia humillado su orgullo por amar á una tzigana y hacerla de su familia. Sin rodeos, y con el acento de un amor profundo y una sincera adhesión, Andras preguntó á Marsa Laazlo si consentiría en ser su esposa.

Pero al punto se asustó al ver el aspecto de penosa confusión que se dibujó en el descolorido semblante de la joven.

¡Marsa, princesa Zilah!

Lo mismo que su madre, ella habria rechazado de un Tchéréteff aquel título de princesa

que Andras le ofrecía con apasionada ternura.

¡Mas el de princesa Zilah!...

Con ojos estraviados, como una loca, miraba al príncipe, que permanecía de pie delante de ella esperando, tímido y con los labios trémulos de emoción.

Viendo que no respondía, la cogió la mano y la dijo con ansiedad, casi gritando al observar que los dedos de Marsa estaban como el hielo: «¿Qué teneis?»

La joven necesitó hacer un gran esfuerzo para no caer desmayada.

— Pero, en fin, — repitió Andras, — ¿accedeis, Marsa? ¿Quereis ser mi esposa?

Hacia seis meses que la amaba aquel hombre que, no conociendo lo que era el miedo, se veía entonces asaltado por un terror inexplicable.

¡Y si Marsa no le amase!

Sin duda, habia creído ver en ella un cariño ilimitado que le dió valor para preguntarla si quería ser su esposa. Pero, ¿y si se habia engañado?... ¿Si lo que cautivaba á Marsa no era el hombre, sino únicamente el soldado? ¡Ah! ¡era una locura amar, y más amar á los cuarenta años cumplidos, á una joven, á una preciosa joven como era aquella Marsa!

Y ella no respondía. Seguía casi inerte, convertida en estatua, pálida, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, mirando de un modo feroz.

Luego, como él la obligase á que hablara — descubriendo su profunda emoción, mientras ella seguía muda, cual si su lengua se hubiese

paralizado,—la joven, reconcentrando sus fuerzas, dejó escapar de sus labios una frase cruel que hizo el efecto de una sentencia en el corazón del héroe.

—¡Nunca!

Tan terrible fué la impresión que produjo en Andras esta rotunda negativa, que notándolo Marsa, tuvo por un momento tentación de echarse á los pies del Príncipe, gritando:

—¡Os amo! ¡Os amo!... ¡pero nunca!...

¿Le amaba ella? Sí, locamente. Más aún, con profunda y eterna pasión; así lo comprendía ella: con la pasión que la admiración, el respeto y las inimitables virtudes del Príncipe habían arraigado en su alma y que hacía doblemente seductor para aquella mujer el entusiasmo que en su espíritu exaltado despertaba aquel que para ella era el honor intachable, la bondad infinita unida al valor heroico, la existencia inmolada al deber, todo encarnado en un hombre, acrecentando el brillo de un ilustre apellido: Zilah.

Andras sospechaba y hasta comprendía que aquella Marsa, á pesar de su enigmática negativa, sentía por él una verdadera simpatía que pasaba los límites de la amistad. El creía, al menos, haberlo comprendido así; mejor dicho, estaba convencido de ello. Pero entonces, ¿por qué de aquel modo, y con una sola palabra, le arrebató toda esperanza?

—¡Nunca! ¿Acaso no era libre?

Una pregunta, de la que inmediatamente pidió perdón con sus miradas, se escapó, como el gri-

to de un ahogado, del pecho de aquel hombre.

—¿Amais á alguno, Marsa?

Ella lanzó un grito.

—¡Os juro que no!

Después de esta respuesta, Andras insistió en que le dijera los motivos por qué no aceptaba y á qué se debía el terror que había manifestado hacía un momento. Marsa, en una especie de crisis nerviosa que no obstante consiguió vencer, ahogada por los sollozos, le replicó que si alguna vez llegaba á unirse con alguno en el mundo, sería con él, solo con él, con aquel héroe de su país, con aquel sueño realizado de caballerosa abnegación, con él á quien mucho antes de conocer admiraba, y á quien ahora...

Ella se detuvo ante una palabra que era una declaración.

—¡Ah! ¿ahora... ahora?—preguntó Andras, suplicante, esperando el final de aquella confesión que la extrema excitación nerviosa hizo que Marsa dejase casi escapar.—¿Ahora?...

Pero ella no completó aquella frase que Zilah provocaba, que pedía, agitado por las más risueñas esperanzas.

Queriendo librarse de aquella conversación que la estaba matando, suplicó al Príncipe, con voz alterada, que la dispensara, que la perdonase, porque realmente se sentía enferma, profundamente afectada.

—Puesto que sufrís, no quiero, no puedo abandonaros....

—Yo os lo ruego. Lo que me hace falta es la soledad....

—¿Me permitís al menos que vuelva mañana, Marsa, y que os pida vuestra contestacion?

—¿Mi contestacion? Ya os la he dado.

—¡No, no por cierto! ¡No, yo no acepto esa negativa! ¡No, no, hay en vos una lucha interior que no puedo conocer! ¡Pero os juro, Marsa, que sin vos la vida me es imposible! Si, os lo digo con toda la sinceridad de mi alma; hoy toda mi existencia la consagro á vos, que sois mi ansiada felicidad. Reflexionad. Hay en vuestra voz cierta turbacion que me deja alguna esperanza. Hasta mañana... ¿verdad, Marsa? Volveré mañana. ¡Lo que hoy me habeis dicho no vale!... ¡Hasta mañana, hasta mañana!... ¡Y pensad en que os adoro!

Y ella, estremeciéndose al oír aquella voz, inquieta y sin energia, sin atreverse á pronunciar un *no* ni á dar el *adiós* á aquel hombre, y no queriendo, por otra parte, decirle *hasta mañana*, le dejó que se marchara confiado á pesar del mutismo en que obstinada y desesperadamente se habia encerrado. Así que Andras se hubo ausentado, Marsa, destrozada, agotadas sus fuerzas y deshecha en llanto, se tendió como una loca en el diván en que poco ántes se hallaban sentados.

En cuanto se halló sola, llevó á los ojos sus puños cerrados, y víctima de una crisis terrible, dió rienda á sus angustiosos sollozos, confundidos con gritos reprimidos, fijando su amenazadora mirada en un ser invisible, y sin que las escuchara nadie, de sus labios, secos por la fiebre, salian estas trágicas preguntas:

—¡Es innegable que me da la vida, que lo que me ofrece es la felicidad! ¿Y acaso no tengo el derecho de ser dichosa?... ¡Ser esposa de un hombre como él! ¡Amarle, depositar en él todo el afecto, convertir su existencia en una serie interminable de alegrías, de sacrificios, de amor para él! ¡Ser su esclava y su objeto! ¡Si me casara con él!

Y variando repentinamente:

—¡Si me matara!

E insistiendo en esta horripilante idea, con los ojos extraviados, seguía:

—¡Matarme! Sí. ¡Es lo mejor!

Luego, riendo como una loca y derramando nuevas lágrimas:

—¿No hay duda! Sí. Es el único partido que puedo adoptar. Pero ahora que le amo soy cobarde... ¡Cobarde! ¡Miserable!... ¡Desgraciada, sí!

Y en aquella terrible desesperacion en que destrozaba su hermoso cuerpo, parecia que iba á sucumbir ó á perder para siempre la razon.

VIII.

Después de aquella tremenda crisis, la reflexión debió poder más en Marsa, porque el día siguiente cuando Zilah se presentó de nuevo, la halló más tranquila.

Sin preguntarla nada en el primer momento acerca de su determinación, la manifestó gran interés por su salud.

—¡Oh, ya me encuentro bien!—respondió ella sonriendo con cierta tristeza.

En seguida se fué al piano y tocó su romanza favorita; al oírla, la interrumpió el príncipe, preguntando:

—¿Eso es de Nemeth?

—Sí, de Juan Nemeth... ¡Su música me entusiasma! ¡Es puramente húngara!

Y las notas vibraban como suspiros, como lejano toque de agonía, cual si en ellas hubiese una lamentación poética, triste, desesperada, profunda, y, sin embargo, dulce y conmovedora. Luego se oían de nuevo los suspiros que terminaban por un *forte* fúnebre que recordaba la paletada de tierra que se echa sobre el cadáver al darle sepultura.

—¿Cómo se llama esta pieza, Marsa?—dijo Andras.

Marsa no respondió.

Entonces el Príncipe se levantó, leyó el título de la obra, escrito en húngaro y en francés, y aproximándose ligeramente al oído de la tzigana deslizó en él esta galantería:

—Juan Nement dice bien. *Solo hay una hermosa en el mundo.*

Marsa palideció, se sonrió, y poniéndose en pie, le tendió la mano:

—Mi querido Príncipe, eso es casi un madrigal, y entre nosotros no son ya necesarios. Sé que me amáis. Yo también os amo. ¿Me concedéis un mes para reflexionar? ¿Un mes justo?..

Toda mi vida os pertenece en estos momentos. Disponed de ella á vuestro antojo.

—¡Bien! ¡Hasta pasado un mes!—dijo con acento firme y resuelto.

—Únicamente—replicó Andras sonriendo—debo recordaros que en otro tiempo mi consigna se encerraba en los versos de Petoefi... Ya sabéis, en aquellos sublimes versos de nuestra libre puzta, en que vence la libertad al amor.

—¡Pues bien!—añadió el Príncipe—podeis decir que en esta ocasión el Andras Zilah de 1848 sería capaz de dar la libertad, esa pasión de toda su vida, por vuestro amor, Marsa, mi querida y adorada Marsa, la libertad, que es para mí como la representación de la patria.

Oyendo hablar de aquel modo á un hombre como él, Marsa se sentía conmovida hasta la última fibra de su corazón. El soberbio ideal de la tzigana, como el de la mayoría de las mujeres era la lealtad unida á la fuerza. Jamás, ni aun en

sus más fantásticos sueños, se imaginó que llegaría á escuchar que un héroe de la guerra de la Independencia, un Andras Zilah, le ofreciera su-
plicante su nombre.

Ella, que conocia á Yanski por haberle presentado Andras en Maissons-Laffite, y sabia que no ignoraba los más íntimos pensamientos del príncipe, pensó que en semejante ocasion no habria dejado de confiar sus penas y sus temores al inseparable amigo.

—¿Qué opinais que haria el príncipe si yo no accediera á ser su esposa?—le preguntó de repente un día la tzigana.

—He aquí una pregunta hecha á boca de jarro que no esperaba—dijo Yanski con sus maneras adustas y dirigiendo una mirada de admiracion á Marsa Laazlo.—¿Acaso no quereis ser una Zilah?

Al espresarse así le parecia que sólo el dudar era un insulto y como un sacrilegio.

—No digo tal cosa—replicó la tzigana;—lo que os pregunto es, que qué sería del príncipe si por un motivo cualquiera....

—Muy sencillo—respondió Varhely.—El príncipe, así os lo habrá dicho, es uno de esos hombres que no aman más que una vez en su vida. Bajo palabra de honor, yo creo que si le rechazais, le costaría una enfermedad ó sería causa de que hiciese alguna locura... de esas que se pagan con la vida.

—¡Ah!—dijo sencillamente Marsa, que se habia puesto sumamente pálida.

—Esa es mi opinion—repitió Yanski con rude-

za.—El está herido. Sólo falta saber si vos quereis que la herida sea mortal.

La contestacion de Varhely debia ser de gran peso en el ánimo de Marsa Laazlo en aquellos dias crueles de angustia, de indecision, de fiebre, de locura, que precederia á la fecha fijada para decir al príncipe Zilah si consentia ó no en ser su esposa.

Por fin, de los labios de la tzigana salió un sí casi tan frio y pavoroso como una negativa.

Mas el Príncipe no conservaba la sangre fria necesaria para analizar el tono en que habia sido pronunciado. La alegria le embargaba.

—¡Ah!—dijo—¡grande ha sido mi angustia durante estas semanas de duda; pero ahora soy feliz, muy feliz!

—¿Sabeis—le preguntó Marsa—lo que me ha dicho Vartheley?

—¡Sí, lo sé!...

—Pues bien, ya que los Zilah son lo mismo en sus amores que en sus duelos, poniendo en ellos su existencia entera, acepto: sea. ¡Vuestra existencia por la mia! ¡don por don!... ¡Yo no quiero que murais!

El no se paró á descifrar el sentido de aquellas palabras. Cogió entre las suyas las abrasadoras manos de Marsa y las cubrió de ardientes besos y lágrimas de fuego, mientras Marsa, con los labios temblorosos, miraba á través de sus largas pestañas á aquel hombre inclinado que le estaba diciéndo:

—¡Te amo!

Entonces y en aquel momento de inefable di-

cha, á la puerta de la nueva vida que se abría para ella en aquel instante con la más risueña perspectiva, todo lo daba al olvido para pensar únicamente en aquella realidad que le acariciaba: las lágrimas de felicidad de un héroe de quien iba á ser la esposa.

¡La esposa!

Meciéndose en sus ilusiones, sin reflexionar, sin resistir, dejándose llevar por la dulce corriente que la arrastraba, no queriendo darse cuenta del tiempo, de la hora, del porvenir, amando y gozando en ser amada, viviendo en una especie de sonambulismo encantador, la tzigana presenciaba, como si no se tratase de ella, los preparativos de aquel futuro matrimonio que ella había de contraer.

El príncipe, con la impaciencia de un enamorado de veinte años, procuraba anticipar aquella unión, que constituía su mayor alegría. Anunciado á todo aquel París, que era parisiense y exótico á la vez, el casamiento del *Magyar* con la *Tzigana* pronto fué el suceso más comentado entre la *high life* extranjera, que apreciando el aspecto novelesco de caballeridad de que estaba rodeado, elogiaba al príncipe Andras, bastante rico y bastante independiente para casarse, si hubiera querido, con una pastora, como los reyes en los cuentos de hadas.

—¡Qué! ¿no es bastante gracioso? ¿No es bastante encantador?... — repetía la baronesa Dinati con entusiasmo.—Todavía, mi querido amigo Jacquemin, puedo facilitaros todos los detalles de la primera entrevista... ¡Con esto hareis

una revista de *Paris* deliciosa!... ¡Deliciosa!...

La baronesita estaba casi más entusiasmada de la aventura que el mismo príncipe. ¡Hace bien ese Zilah! ¡Es un gran hombre! El llevaba como dote á la tzigana los diamantes más preciosos del mundo, aquellos diamantes de los Zilah con los que alguna vez adornaba desdeñosamente su uniforme de húsar el príncipe José cuando daba cargas á los coraceros prusianos de Ziethen, en la seguridad de que sabía librarse de los sablazos sin perder una sola piedra en la batalla.

Se refería, además, que Marsa, también muy rica, no había querido aceptar del príncipe ninguna alhaja. ¡Era su coquetería! Le bastaban los ópalos engastados en la presilla de plata.

—¿Sabeis, Jacquemin?... ¡Aquellos famosos ópalos de la tzigana? ¡Anotad, anotad todo esto!

—¡Sí, tiene esto mucho *chic*! —respondió Jacquemin.—¡Es algo novelesco... pero ha tenido su complementol ¡Los charlatanes no lo creerán!... No importa; ¡yo sigo tomando notas!

Verdaderamente era inútil que el *reporter* se tomara el trabajo de «anotar», porque la historia, muy conocida de la sociedad parisiense, había ya corrido por todos los círculos. La salida del vapor se había anunciado como un *estreno* de sensación.

Aquella fiesta dada por el príncipe á bordo para celebrar su casamiento, con aquellos músicos tziganos interpretando sus aires nacionales, acrecentó extraordinariamente la fama novelesca de Andras Zilah. No había una soltera que no estuviese más ó menos apasionada por

él. Las mamás se lamentaban, envidiando la inesperada suerte de la tzigana.

—¡Qué gracia me hace ver lo celosas que están las mamás!—decía alegremente la baronesa Dinati.—Me van á hacer pagar caro el que haya sido yo la *casumentera*... ¡Pero estoy orgullosa de ello, muy orgullosa! Todo se reduce á que Zilah ha tenido buen gusto... ¡Y en cuanto al Príncipe, yo estaria loca por él loca del todo, si no hubiese tenido que ocuparme de mis convidados! ¡Un salon exige más tiempo que un marido!

A pesar de que la baronesa habia acabado ya de contarle la fabulosa historia de la tzigana y de Zilah, Pablo Jacquemin no se separaba de la *casumentera*, siguiéndola por todas partes. Todavía necesitaba saber cuántos y cómo eran los vestidos de la novia, qué color tenia el de la baronesa, cuál era la genealogia del tio Vagotzine; qué nombres de pila llevaba Varhely, el amigo del príncipe.

—Daré algun colorido á mi artículo... Así el asunto tendrá éxito.

Y añadió:

—¿Dónde tendrá lugar el acto del casamiento?

—¡En Maissons-Laffite!... ¡Oh! ¡magnífico, mi querido Jacquemin, magnífico! ¡Una ópera cómica! ¡Un idilio! ¡El amor en la aldea! ¡Esto será divino... superior! ¡Quisiera sólo suplicaros que os encargaraís del buffet!

En efecto: Jacquemin, que en el hotel de la baronesa era el director de todas las fiestas que se celebraban en aquellos salones, no transigia en tales casos con la menor falta de *ortografía*,

como él decia. El se cuidaba de catar todos los vinos, y era cosa de ver las actitudes de inteligente que adoptaba, sosteniendo la copa entre sus manos mientras lo paladeaba con los ojos medio cerrados, y procurando reunir sus recuerdos, buscaba en su diccionario vinícola el nombre apropiado.

—¡Pomard! ¡aceptable!... ¡Volney! ¡se puede beber!

Y al dia siguiente, en las revistas que redactaba con diferentes seudónimos, escribía Jacquemin:

«Nuestro parabien al amigo Jacquemin por su acierto en la eleccion de los vinos, así como en los ensayos de la ópera representada en casa de la baronesa, cuya dirección le estuvo encomendada. Jacquemin tiene talento para todo. No hay cosa de que no saque partido.»

Pablo Jacquemin habria ya dado un vistazo por el *menu* y declarado que estaba bien dispuesto, que era muy *correcto* y muy *puro*.

Todos los invitados estaban ya en el *steamer*, y á todos habia hecho los honores el príncipe Zilah. El barco desplegaba sus banderas y se separaba de la orilla para marchar, mientras que los músicos tziganos lanzaban con más fuerza á los aires aquellas notas vibrantes, furiosas y arrebatadoras de la *Marcha de Rakoczy*, aquella música triunfal que, para Zilah, saludaba sus bodas como en otro tiempo habia saludado los funerales de su padre.

IX.

—¡Que va á marchar!... Ya anda—gritaba alegremente la baronesita.

—¡Con tal de que no naufraguemos!—decía Jacquemin.

Y á seguida se puso á relatar con mucha gracia una serie de aventuras, inventadas por él la mayor parte, de cuentos picarescos y bufonadas de pilluelo, añadiendo:

—Una buena noticia para el *Diario de viajes*: «¡El naufragio de los novios!»

A medida que se alejaban de París, dejando atrás los muelles de *Passy* y los ventorros del *Point-du-Jour*, la cubierta del buque parecía un hormiguero, y sobre ella, en un momento, bajo la dirección de Chevet, quedaron instaladas las mesas para el almuerzo, dispuestas en forma de herradura.

El piloto, cuyo oscuro uniforme se destacaba al lado de la bandera tricolor miraba desde la popa aquel alegre zafarrancho que tenía lugar bajo el toldo protector de los rigores del sol. Alrededor de aquellos blancos manteles en los cuales se veían exquisitas frutas de color de oro ó de esmeralda, tomaron asiento los convidados; Andras entre Marsa y la baronesa, muerta de ham-

bre. Alejado de este grupo, Miguel Menko parecía buscar la mirada de Marsa Laazlo,

Entre aquellos elegantes emancipados de París y aquellas graciosas mujeres, en cuyos trajes dominaban los tonos claros, reinaba la más completa expansión propia de la fiesta que se celebraba allí en medio del río. Y en tanto que el buque se internaba en el paisaje, deslizándose por el agua azulada del río, en la que se reflejaban las sombras de los álamos y sauces de la orilla, blancas nubes empañaban el claro azul del cielo.

De vez en cuando se oía un ligero grito de admiración ante el panorama que se presentaba al descubrir algún recodo del río, la cueva de Surresnes, los negros hornos de Saint-Denis con sus altas chimeneas, los albergues de bajo techo desparramados aquí y allá, las villas de Asnières, las colinas de Marly y aquel sinnúmero de casitas blancas sembradas por todas partes, que se destacaban sobre el verde como otras tantas palomas.

—¡Ah! ¡qué bonito! ¡Esto es precioso!

—¡No, esto se pone feo!

—¡Qué vergüenza! ¡No conocjamos nada de esto! ¡Nosotros inventábamos los alrededores de París!

—Señoras y señores—gritaba entre aquellas voces Jacquemin, á quien Zilah ni siquiera conocía, no obstante haber sido uno de los primeros con quienes contó la baronesa:—¡ahora entramos en los países salvajes!... ¡Es el Odeon ó el Kamschatcka, no lo sé á punto fijo!... ¡Pero debe haber antropófagos!...

Aquellas inmediaciones de París, que ofrecían un atractivo caprichoso, distraían á los curiosos pasajeros del vapor, habituados tan solo al ruido y al polvo de la ciudad, á los boulevares, á los restaurantes de moda y á los estrenos de teatro.

La baronesa Dinati, colocada entre el príncipe y el japonés, enfrente del general Vogotzine y de Varhely, no desperdiciaba un bocado, ni dejaba de apurar una copa. Hacía honor al almuerzo.

El príncipe no consumió mucho *tokai*—vino de azúcar y alcohol del que los húngaros dicen con orgullo «que tiene el color y el precio del oro»—dejando al general ruso que lo hiciese desaparecer por su garganta, como desaparecería por un embudo.

Humedeciendo con frecuencia sus rojos labios, la baronesa, ávida de aumentar sus conocimientos culinarios, preguntaba al japonés, su vecino, y le pedía la fórmula de algunos platos que aquel hombrecillo bronceado le había dado á probar en un banquete que se celebró en la embajada.

—¡Enviádmela, Yamada.... Yo se la daré á mí cocinero. Nada me encanta como el poder ofrecer á mis huéspedes una cocina exótica. Alguna vez pierden el paladar con estas rarezas. Es muy divertido... También os daré la manera de arreglarlo, Jacquemin —dijo dirigiéndose á éste.—¡Oh! ¡es un plato original! ¡Parece que se siente uno envenenado!

—Como en *Lucrecia Borgia*—dijo el japonés

con su risita, que le hacía parecerse á una figurita de bronce.

—¿Conoceis la *Lucrecia*?

—Se ha representado en Yokohama. ¡Oh! no creáis que somos salvajes, baronesa, ni mucho menos! ¡Si querréis encontrar ignorantes entre los chinos!...

El pequeño japonés, parecía muy satisfecho de poder demostrar que vivía al corriente de las cosas de Europa. Sus ojillos buscaban maliciosamente la mirada de aprobacion de Jacquemin ó de Miguel Meuko. Pero el húngaro ni oía ni se fijaba en Yamada. Toda su atención la absorbía Marsa, á quien, con la boca contraída, miraba de tanto en tanto de un modo singular, mientras la joven, vuelta hacia Andras y muy tranquila, casi grave, pero seguramente feliz y halagada por el amor de un hombre como él, respondía al Príncipe con una dulce sonrisa que animaba su hechicero rostro.

En aquel momento, Marsa, esbelta y flexible como un junco, con sus ojos negros y su sonrisa de árabe, parecía rodeada de una gracia oriental. Sus grandes párpados, cerrándose lentamente sobre los aterciopelados ojos, daban á las casi inmóviles pupilas de la joven una sombra y una expresión que hacían perder la calma.

Toda aquella hermosura la detallaba y admiraba Miguel Meuko, que viendo tan solo á Marsa sin fijarse más que en ella, indudablemente surría de un modo terrible, sin poder apartar los ojos de aquella mujer en quien instintivamente los tenía puestos. Cerrándolos alguna vez,

veía pasar en aquella instantánea sombra horribles fantasmas sobre un fondo rojo.

En medio de todas aquellas mujeres vestidas á la última moda, con sus telas multicolores que presentaban distintos cambiantes, con sus provocativas coqueterías, entre aquella elegancia de seductora mascarada que seguía la corriente del día, Marsa, con su color mate y su vestido de encaje negro, parecía una estraña en medio de un baile interrumpido.

Miguel la seguía con la mirada, espionando sus movimientos; pero ella, erguida, inmóvil y como algún tanto molestanda, hablaba poco, respondiendo á Yanski ó al Príncipe, que eran sus vecinos, y cuando sus orientales pupilas se encontraban con la mirada de Miguel Meuko, lentamente las dirigía á otro lado, esquivando aquel cambio de miradas con el mismo cuidado que el jóven la acechaba.

El final de la comida coincidió precisamente con una presa que había que franquear en el trayecto de París á Maissons-Laffitte, donde Marsa debía quedarse. Una vez tomado el café, los convidados se levantaron de la mesa, los hombres para encender sus cigarros, la femenil coquetería para correr á los espejos y reparar los destrozos de sus peinados, deshechos por la brisa.

Mientras el barco se detenía frente á Marly hasta que subieran el agua á su nivel, el Príncipe se separó por un instante de Marsa.

Muchos pasajeros, con impaciencia infantil por correr y pisar la verde hierba, dejaron el

steamer, trasladándose á la orilla en alegre al gazara.

Marsa se quedó sola, muy contenta, sin duda, de poder disfrutar de aquel profundo silencio que repentinamente se hiciera en aquel buque tan alborotado pocos momentos antes.

Y mientras las lejanas risas, que se oían en la orilla, se confundían con el sordo rumor del agua corriente, ella, apoyada en los codos, teniendo fijos sus hermosos ojos negros en el azulado líquido sobre que flotaba la nave, permanecía pensativa, dejando que el viento desarreglase sus cabellos, echándose los por la cara, y que alguna vez arrojlara alrededor de su cuello una de sus abundantes y deshechas trenzas negras.

Miguel Meuko buscaba seguramente ocasión para acercársele, y ya había dado algunos pasos en dirección al sitio donde se hallaba la tzigana, cuando sintió una pesada mano que se apoyaba sobre su hombro.

Creyendo que era el príncipe, se volvió rápidamente.

Era Varhely, que decía al jóven:

—¡Mi querido conde, bien habeis hecho en dejar á Londres para venir á esta fiesta! Aparte de que Zilah está contentísimo de veros. ¿No es verdad que es digna de conocerse esta abigarrada confusión? La baronesa Dinati nos ha servido una *olla podrida* que hubiera hecho las delicias de su marido. Hay de todo un poco. ¿No os llama la atención?

—No—respondió Miguel.—Este mundo híbrido

constituye la sociedad del día. La mayoría de estas cosas las he visto en Niza... Se las encuentra uno por todas partes.

—Para mí—dijo Yanski con su rudo acento— estas gentes son fenómenos.

—¿Fenómenos? De ninguna manera. La vida actual es tan complicada, que los seres y los hechos más inesperados encuentran en ella su aplicación. ¡Vos habeis vivido poco, Varhely, y habeis vivido entregado á vuestro solo ideal, la patria, y de aquí que todo os sorprenda! Si hubiéseis recorrido, como yo, el mundo, no os admiraríais de nada... aunque á decir verdad — y su voz parecía respirar amargura — con solo envejecer se encuentran sorpresas desgarradoras, crueles...

Al hablar así, miraba, tal vez sin darse cuenta, al sitio donde estaba Marsa.

—¡Oh, no habéis de vejez sin haber pasado por las pruebas á que nosotros hemos estado sometidos!—dijo Varhely.—A los diez y ocho años Andras Zilah pudo decir: «Soy viejo.» A un mismo tiempo llevaba luto por la pérdida de todos los suyos y por la de la patria. ¡Pero vos!... Habeis vivido, querido amigo, en tiempos felices. El Austria aflojando sus cadenas, os ha permitido amar libremente y servir nuestra causa sin molestia alguna. Además, nacisteis rico, os casásteis con la mujer más encantadora...

Miguel Menko frunció el ceño.

—Es verdad—dijo Varhely;— el único pesar que habeis sufrido. ¡Aún me parece que fué ayer cuando perdisteis á aquella pobre niña!

—Y sin embargo, hace ya dos años—replicó

Miguel, poniéndose triste á pesar de la febril excitación con que procuraba aparecer alegre. —¡Dos años!... ¡Cómo pasa el tiempo!

—¡Era tan linda!—continuó Yanski sin fijarse en la expresión de disgusto y de tristeza que se reflejaba en el semblante del joven.—La conocí siendo niña, en una ocasión que su padre me dió asilo en Praga, despues de la capitulación pactada por Georgei. A pesar de que yo era húngaro y él bohemio, me queríamucho.

—Sí—dijo precipitadamente Miguel,—muchas veces me hablaba de vos, mi querido Varhely, considerándoos muy digno de su aprecio.

Y queriendo á toda costa desviar la conversación para alejar un recuerdo que le mortificaba:

—¡Ah!...—dijo— ¡Georgei!... ¡las batallas!... ¡Nuestra generación no ha conocido vuestras acariciadas esperanzas, y en vuestros duelos, ya veis, había más alegrías que en nuestros fastidios!... ¡Verdaderamente hasta me parece que estamos desquiciados, enervados, ambicionándolo todo y sin apreciar nada, dispuestos á cometer lo que nosotros llamamos locuras, y que despues de todo no son más que necesidades propias de estos tiempos de realismo!... ¡Cómo os envidio aquellos días de lucha, aquellas hermosas locuras del 48 y del 49! ¡Aquel modo de luchar si que era vivir!

Mientras que así hablaba, su enjuta fisonomía aparecía más melancólica, y sus ojos buscaban instintivamente á la prometida del príncipe Andras.

Después de separarse de Varhely, con quien procuró no prolongar la conversacion, el conde Meuko se aproximó muy despacio á Marsa, siguiendo la vista de aquella mujer que continuaba sola, en el mismo sitio que antes, con la barba apoyada en la mano, la mirada vaga y como atraída por el remolino de la corriente.

Muy conmovido, mordiendo su bigote y mirando con extraordinaria inquietud hacia la parte del rio, en cuya orilla se distinguía la alta silueta del príncipe, dando el brazo á la baronesa Dinati, Miguel Meuko se detuvo artes dedirigir la palabra á Marsa, que no había notado su presencia y que en aquel momento seguramente tenia lejos de allí su pensamiento...

Sin que se le oyera casi, con voz ahogada y temblorosa, dejó escapar aquel nombre.

—¡Marsa!

La joven se puso toda temblorosa. Presa de una convulsion general que agitó su cuerpo como si sufriese una descarga eléctrica, y con la cara medio oculta por el pelo que agitaba el viento, se volvió bruscamente, clavando sus ojos negros en los del conde, que parecían suplicantes.

—¡Marsa!—repuso con tono humilde Meuko.

—¿Qué me quereis?—contestó.—¿Por qué me llamais! ¿Debais haber conocido que yo he demostrado verdadero interes en no encontraros.

—Eso es lo que me aflige. Me volveis loco. ¡Si supierais lo que sufro!

Hablaba en voz baja y de prisa, como si los minutos valiesen por siglos.

Marsa, con voz rápida y terminante, le respondia en tono seco y sin piedad, con más dureza todavía que la que se reflejaba en la implacable mirada que le dirigia.

—¿Sufris? ¡Luego hay justicia en la vida! No haceis más que pagar vuestra deuda.

Tanto en el tono como en las palabras procuraba aparecer casi indiferente, haciendo temblar á Miguel Meuko, como si cada sílaba de aquellas cortas frases fuera un bofetón descargado sobre su rostro.

—¡Marsa!—repitió, de modo que aquella palabra resultase una súplica elocuente que pudiera desarmarla.—¡Marsa!...

—Me llamo Marsa Laazlo, y dentro de pocos dias me llamaré la princesa Zilah,—respondió la joven,—cosa que deseo que no me obligueis á recordaros.

Esta especie de orden fué pronunciada por Marsa con tal acento de orgullo, con tal resolución ó casi desprecio, que Meuko, bajando instintivamente la cabeza, murmuró:

—¡Dispensad!...

Pero al mismo tiempo clavó sus uñas en las palmas de las manos al verla alejarse de allí para ir á tomar en otro sitio la posición en que le había interrumpido, lejos de él, como si su presencia fuese para ella un insulto.

Lágrimas bien pronto reprimidas con una energía soberbia, lágrimas de rabia, brotaron en lo ojos de aquel hombre mientras la estuvo contemplando.

Ella, medio inclinada, esbelta y adorable, adoptó de nuevo la misma actitud reflexiva y reanudó sus pensamientos, los pensamientos tristes ó los pensamientos alegres... de que la habia distraído.

X.

Junto al vapor en que el príncipe daba la fiesta, esperando tambien pasar la presa, se hallaba uno de esos grandes lanchones, un falucho, dedicado á trasportar maderas ó carbon desde aquellas orillas á Saint-Denis.

A bordo de aquella tosca embarcacion vivia toda una familia. En aquella especie de enorme cachalote de madera, en el que el humo que salia de la cocina parecia como su aliento, comian, dormian, nacia y alguna vez morian, léjos de la tierra, una porcion de seres humanos. Algunos tiestos de geranios, con sus colores rosa y encarnado, daban á la tal vivienda el alegre aspecto de una sonrisa.

Con los esfuerzos de los marineros, cogidos á los remos é impulsando la barca por las aguas del rio, se confundian los aturdidos gritos de los pequeñuelos.

Aquella embarcacion allí estacionada era lo que en aquel momento atraia toda la atencion de Marsa.

Sobre las embreadas tablas de aquel lanchon pintado y repintado, lleno de piezas y tostado por el sol, seis ó siete niños con la tez bronceada, medio desnudos y con el pelo enmarañado,